

En medio de tales tempestades se levantaron los admirables Padres de la Iglesia, prontos á combatir á amigos y enemigos, y á detener el torrente que por todas partes se precipitaba. Por las escasas comunicaciones de entonces, muchas veces no se entendían; tomaban cuerpo acusaciones extravagantes, aceptábanse definiciones inexactas, antes que la Iglesia reunida pronunciase su fallo. ¿Qué extraño, pues, que los Padres fuesen duros y violentos en polémica? San Jerónimo vitupera con furor á sus más ilustres contemporáneos. Crisóstomo y Epifanio se separan diciendo: *Espero que no morirás en tu silla episcopal.—Espero que no volverás á la tuya.* Por una parte nos causa lástima el verlos desordenados en el ataque, iracundos en la defensa, y faltos siempre de aquella regular perfección de estilo que no pueden provenir sino de la reposada meditación; pero cuando los vemos en lucha con los próximos y lejanos, con los súbditos y con los emperadores, errantes de destierro en destierro, enemistados con su propio clero á causa de la disciplina que querían introducir, y con su grey por tener que combatir las supersticiones; obligados á separar los evangelios y los libros falsos de los verdaderos, á tener correspondencia en lejanos puntos con escasísimos medios, á desenmascarar la herejía

envuelta en impalpables sutilezas, y al mismo tiempo á promover la moral y su realización por medio de las leyes, nos sobrecege una admiración que la severidad no basta á disminuir. Y la Iglesia asistía á estos litigios con toda su majestad, atenta á no imponer límites á las creencias donde no fuesen necesarios, y á no reprimir la discusión mientras se mantuviese en los límites de los dogmas sancionados; por esto refrenaba á los propios defensores, y no impulsaba á ninguno por la vía peligrosa de las teorías, persuadida de que su Esposo la conduciría á la meta.

A quien nos acuse de habernos detenido demasiado al hablar de estos hombres, responderemos que darlos á conocer es en nuestro sentir el mejor medio de revelar las condiciones de la sociedad nueva y de la sociedad moribunda, dando una idea de la lucha que tenían necesidad de sostener contra sí mismos y contra el mundo aquellos que de ningún modo querían doblegarse á la abyección común. Ahora bien, nuestro objeto principal es el conocimiento del hombre; aquellos á cuya admiración vulgar brinda mayor estímulo la fuerza irregular que la energía regular y persistente, los que anhelan guerras y elogios para reyes y conquistadores, tómense la molestia de buscar otros libros.

CAPÍTULO XII

DIVISION DEL IMPERIO —HONORIO

La separación definitiva de los dos imperios de Oriente y de Occidente empieza en Teodosio, quien por su testamento distribuyó sus Estados entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. Al primero dió Constantinopla con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia y la Macedonia; al otro, Milán con la Italia, el Africa, la Galia, España, Bretaña, la Nórlica, la Panonia y la Dalmacia, tocando á cada uno la mitad de Iliria. Pero Arcadio apenas había cumplido dieciocho años, y Honorio once, y ambos carecían de las cualidades requeridas en tiempo de paz, y con doble razón, de las que hubieran sido necesarias en medio de tempestad tan deshecha. Es verdad que su padre les había designado por tutores personas de habilidad suma, como Rufino á Arcadio, y Estilicón á Honorio; pero la rivalidad de éstos y de sus sucesores perpetuó las divisiones no sólo de Estado, sino también de intereses entre los dos imperios.

Rufino.—Rufino, natural de Elusa en Gascuña, había ido á Constantinopla para satisfacer su ambición y su codicia, profesando el derecho. Su facilidad de locución le había hecho ascender hasta el puesto de jefe de las dependencias ó ministro de Estado, y le sirvió de esta suerte para ganarse el valimiento de Teodosio. La sagacidad con que supo conservar á la vez la amistad de San Ambrosio y de Simaco puede suministrar una idea de su talento en las artes del disimulo. Aunque realmente se inclinaba de continuo á las medidas más crueles y era promovedor de odios y escándalos, engañado Teodosio por su piedad fingida, le dejó de prefecto en Oriente con absolutos poderes, cuando él partió para Occidente. Este indigno favorito comenzó entonces á abusar de su autoridad, y cuando se halló investido posteriormente con la tutela de Arcadio, hollando toda consideración y toda justicia, no pensó mas que en enriquecerse

con los despojos del mundo (1), vendiendo protección, empleos y justicia. Merced á los tesoros que acumulaba constantemente se proponía casar á su hija con su imperial pupilo, y perpetuarse en el poder por este camino.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, le había comprado á peso de oro el cargo de conde de Oriente; más no habiendo querido prestarse á una iniquidad de Rufino, fué citado por él á juicio, condenándole con pruebas ó sin ellas á una muerte ignominiosa. De sus resultas murmuró el pueblo, y á fin de apaciguarle Rufino ornó á Antioquía con un pórtico, el más magnífico de Siria. En el momento en que saboreaba el infernal placer de la venganza, dirigidos los eunucos del palacio por el chambelán Eutropio, propusieron por esposa á Arcadio una joven llamada Elia Eudoxia, hija de Bauton, general de los francos, que estaba al servicio de Roma. Nada trascendió fuera de aquel augusto recinto, y Rufino lleno de confianza vió los preparativos de la nupcial fiesta, y presencié la salida del cortejo de palacio; pero cuando imaginaba que aquella brillante muchedumbre iba á encaminarse hacia su morada, contempló poseído de inexplicable estupor como se detenía delante de la de Bauton, de donde sacaban á Eudoxia engalanada con los ornamentos imperiales para conducirla al tálamo de Arcadio (25 de abril de 395).

Desconfiando la nueva emperatriz del ministro á

(1)*Fluctibus auri*
Expleri ille calor nequit.....
Congesta commutantur opes, orbisque rapinas
Accipit una domus.

Así dice Claudio en un poema contra Rufino, del que á pesar de todo no hacemos caso, sino cuando está apoyado por otras autoridades.

quien aborrecía, puso cuanto estuvo de su parte, de acuerdo con el chambelán, para perderle en la mente del emperador, hasta el punto de acusarle, sin que tal vez fuera inexacto el cargo, de haber aconsejado á los barbaros que invadieran el imperio.

Efectivamente, los hunos se adelantaron hasta Antioquia llevándolo todo á sangre y fuego. Quejándose Alarico, godo al servicio del imperio, de no haber sido galardonado como merecía, hizo empuñar las armas á una multitud de sus compatriotas y devastó el territorio. Rufino, que fué enviado para entrar en tratos con el godo, fué acogido con grandes señales de respeto, circunstancia que aumentó más todavía las sospechas. Pero Estilicón iba á combatir en contra de ellos con las armas en la mano.

Estilicón.—Este tutor de Honorio era un vándalo, á quien su valor había hecho ascender hasta el grado de gran maestro de la caballería y de la infantería. Había acompañado á Teodosio á todas sus guerras, yendo á Persia con el título de embajador suyo, y casándose con su sobrina Serena, de la cual tuvo tres hijos, Euquerio, María y Termancia. En el curso de los veintitres años que estuvo á la cabeza del ejército no se le vió vender los grados militares, ni defraudar el sueldo á los soldados, con los cuales era afable hasta lo sumo, ni elevar á los que no eran merecedores de ello, sin exceptuar á su propio hijo. No obstante se mostraba avariento de placeres y de riquezas y no se satisfacía su ambición con verse agasajado por los aduladores mucho más que el mismo Honorio, y continuamente celebrado por Claudiano, el mejor poeta de aquel tiempo. Es empresa ardua sobre toda ponderación distinguir la verdad á través de las lisonjas de este escritor insigne y de las calumnias de la historia, pagadas unas y otras; sin embargo, fué incontestable su denuedo, así como el uso que de él hizo en ventaja de un imperio que, constituido militarmente, debía sacar de la fuerza su último recurso.

A la muerte de Teodosio había aspirado Estilicón á la tutela de los dos emperadores, y á fin de mostrarse digno de ello había hecho sentir á los barbaros su bravura. Cuando hubo que repartir las legiones, de la misma manera que las joyas, entre los dos hermanos, propuso Estilicón guiarlas en persona á Oriente tanto para refrenar la licencia de los soldados, como para poner término á la rebelión de los godos. Pero teniendo Rufino menos miedo á aquellas sublevaciones que al crédito que podía valer un servicio señalado á un gran hombre infundió temores á Arcadio, induciéndole á que prohibiera expresamente á Estilicón adelantar un paso, si no quería ser considerado como rebelde. Sin titubear Estilicón un sólo momento, retrocedió camino, entregando al godo Gainas el mando de las legiones y confiándole el cuidado de la venganza.

Este fingió patrocinar la ambición de Rufino,

que decidido desde entonces á cruzar á viva fuerza el paso que había ido proporcionándose á costa de larga astucia, prodigaba á manos llenas oro á los soldados, con la esperanza de conseguir el imperio. En esto, habiendo salido el emperador en su compañía de Constantinopla para ir al encuentro de Gainas á distancia de una milla extramuros (noviembre), asesinaron las legiones al pérfido ministro á los pies de Arcadio: su cuerpo fué víctima de todos los ultrajes á que puede lanzarse una soldadesca desenfrenada, y llevando algunos de sus asesinos por las calles de la ciudad su cabeza y su mano, hacían ademán de pedir con ésta limosna, para hartar, según decían, á aquel hombre insaciable.

Eutropio.—No volvieron á aquellos á quienes pertenecían los despojos que había amontonado, sino que redundaron en provecho del fisco: y Eutropio le sucedió en la privanza de Arcadio, más agradable para éste que el robusto vándalo. Este armenio, de baja extracción, hecho eunuco, por el gran precio que tenían entonces estos monstruos, fué vendido y revendido varias veces: después el palafrenero Tolomeo, á cuyos torpes placeres había servido en sus mocedades, se lo regaló siendo ya de edad madura á su general Arinteo, quien se le cedió á su hija para que la peinara, la condujera al baño, la abanicara y le prestara servicios de esta clase (2). Habiéndole hecho incapaz una vejez temprana hasta de desempeñar esta tarea le concedió la libertad su ama. Sus buenos modales, á que juntaba la astucia y la hipocresía, le sirvieron á la sazón para insinuarse en la corte donde desde los más ínfimos destinos se había elevado al de primer chambelán, y luego al puesto que Rufino había disfrutado y perdido. Hasta heredó sus vicios; porque poseído de igual avaricia, mantenía un enjambre de delatores, á fin de proporcionarse los medios de acusar á las personas opulentas y de engañar á Arcadio, quien le honraba con una ciega confianza.

Celoso de dominar exclusivamente procedía con saña respecto de todo el que podía hacerle sombra. Abundancia, general de caballería é infantería, fué condenado á destierro con el único objeto de confiscar sus bienes; Timasio, general experimentado, fué acusado de traición y desterrado en

(2) *Hinc honor Eutropio: cumque omnibus unica virtus
Esset in eunuchis, thalamos servare pudicos,
Soluti adulteriis crevit, nec verbera tergo
Cessavere tamen, quoties decepta libido
Iratu caluisset heri; frustra que rogantem
Factantemque suos tot jum per lustra labores,
Dotalem genero, nutritoremque puella
Tradidit. Eous rector, consulque futurus,
Pectebat domina crines et sepe lavanti
Nudus in argento lympham gestabat alumna;
Et cum se rapido fessum projecerat astu,
Patricius roseis pavonum ventilat alis.*

CLAUDIANO, in *Eutr.*, I, 98.

su consecuencia á los oasis de la Libia. Bargo, que á los beneficios de éste había correspondido vendiéndole, fué muerto en recompensa de sus servicios. Eutropio se ganó la voluntad de Gainas, nombrándole general de Oriente para poderle oponer á Estilicón, y tendió á éste sordamente lazos en un principio á fin de arrebatárle ora el favor del soberano, ora el del pueblo, y hasta la vida. Por último un decreto del dócil Senado de Constantinopla (396), declaró al ilustre general enemigo público y confiscó sus bienes.

Sin quejarse Estilicón retrocedió y se acercó á la Grecia. Habiendo desembarcado en el Peloponeso acorraló á los godos en un valle de la Arcadia: sólo dependía de su voluntad exterminarlos; pero mientras se solazaba en medio de banquetes y mujeres, les dejó escaparse por el istmo y devastar el Epiro. Tal es á lo menos la relación de algunos historiadores. Al revés su panegirista dice que Eutropio, para arrebatárle el triunfo, indujo á Arcadio á hacer la paz con Alarico y á tomar el bárbaro á sueldo para mandar á las tropas de la Iliria (3). Temiendo luego que Estilicón sostuviera sus pretensiones con las armas, Eutropio excitó á Gildon, comandante de las fuerzas romanas en Africa, á rebelarse contra Honorio, declarándose en favor de Arcadio.

Africa.—Provincia importantísima era el Africa porque nutría con sus granos á Italia, y de aquí que el que la poseyera podía reducir al hambre á Roma. Crispinila, amante de Nerón, se acogió al Africa para sostener la rebelión; Vespasiano tuvo seguro el imperio cuando fué dueño del Africa y Egipto. Nerón se deshizo de seis señores que poseían la mitad del Africa, porque con esto alejaba el peligro de una sublevación, y daba al dominio imperial pingües posesiones con que podía alimentar á la plebe, y para cuya administración fué nombrado un *præfectus fundorum patrimonialium*. De este modo iba despojándose poco á poco á los naturales.

Y poco á poco fueron habituándose al yugo, hasta que se pudo reducirles á provincia; pero ni aún entonces se dejó de emplear á los jefes indígenas. Porque si bien en las costas eran romanos los magistrados, los habitantes y las costumbres en las dos Mauritania el gobierno era mixto como la población, y algunos jefes establecidos en medio de varios principados (*fundi*) pagaban tri-

buto á los romanos, siendo en lo demás independientes.

Uno de aquellos reyezuelos era Nabal, que poseía mil ochocientas millas de terreno á lo largo de la costa, que formaban antiguamente cinco provincias de Roma. Hemos dicho (pág. 426) como, bajo Valentiniano, las vejaciones de los generales enviados para defender el Africa, la desolación de tal modo, que Firmo, de la familia de Nabal, se sublevó, pero fué vencido por el padre del emperador Teodosio. Gildon, que había favorecido á los romanos contra su hermano, obtuvo en recompensa su inmenso patrimonio confiscado y luego el mando de todas las fuerzas del Africa. Administró como tirano, sin la oposición más mínima, la justicia y las rentas, en el curso de doce años en que el país fué víctima de su avaricia y de su lujuria y de la de los moros, únicos en quienes tenía confianza (4). Se consolidó bajo los débiles hijos de Teodosio, no mostrando su dependencia respecto de Roma más que suministrándole comunmente las provisiones de granos, que ésta aceptaba sin darle muestras de enojo alguno.

Pero no cesando aquella desventurada provincia de alzar quejas contra el nuevo Yugurta, se vió llamado el Senado romano á ejercer teatralmente su autoridad, como en los tiempos en que fallaba sobre las diferencias entre los pueblos y entre los reyes. Ante él presentaron el emperador y Estilicón las acusaciones dirigidas contra Gildon, á fin de que fuera declarado enemigo de la patria. Temían los pusilánimes que el mauritano redujera al hambre la ciudad, cesando de remitir trigo; pero el cauto tutor los hizo venir en abundancia de la Galia, y pudo con toda seguridad emprender la guerra (5).

(4) *Instat terribilis vivis, morientibus hæris,
Virginibus raptor thalamis obscenus adulter,
Nulla quies; oritur, præda cesante, libido,
Divitibusque dies et nox metuenda maritis...
Crinitos inter famulos, pubemque canoram
Orbatas jubet ire nurus, nuperque peremptis
Arridere viris, Phalarim, tormentaque flamma
Profluit et siculi mugitus ferre juveni
Fastidita datur.*

CLAUDIANO, *De ó. Gildonico*, 164.

(5) Léanse de nuevo las odas en que Horacio hace que los dioses prometen á Roma que subsistirá inmutable y dictará leyes á los dominados medos, y fijese luego la atención en el poemilla de Claudiano *De bello Gildonico*. ¡Qué contraste tan triste! En este va á implorar á Júpiter Roma misera y triste, no con su aspecto ordinario, como en los tiempos en que dictaba leyes á los bretones, ó sometía á sus haces á los trémulos indios, sino con la voz débil, á paso lento, bajos los ojos, descarnadas las mejillas, consumidos por la delgadez los brazos, sosteniendo con gran trabajo su escudo sobre la flaca espalda, dejando escaparse su encanecido cabello del mal calado casco, y arrastrando su lanza enmohecida. Finalmente, al llegar al cielo, se prosterna á las plantas del dios Tonante y prorrumpe en tristes quejas: «Si mis murallas, oh Júpiter, merecieron nacer bajo

(3) *At nunc qui fœdera rumpit
Datur; qui servat, eget; vastator achivæ
Gentis, et Epirum nuper populatus inultam,
Præsidet Illyrico. Jam quos obsedit, amicus
Ingréditur muros, illis responsa daturus,
Quorum conjugibus potitur, natosque peremit.
Sic hostes punire solet, hæc præmia solvunt
Excidiis.*

IDEM, XX, 214.

La ira es la mejor inspiración para Claudiano.

Como a pesar de todo no se atrevió a abandonar la Italia en medio de tantos enemigos amenazadores, envió (398) al Africa a Mascezel, hermano y enemigo de Gildon, confiándole el mando de las legiones joviana, augustana, hercúlea, los auxiliares nervianos, otros que llevaban un león en su bandera, y aquellos que se titulaban los afortunados y los invencibles; nombres pomposos para disfrazar la debilidad, puesto que apenas ascendía a cinco mil hombres, reclutados con inmensos afanes, el ejército destinado a avasallar un país de doble extensión por lo menos que la Francia. Sin embargo, todavía era más débil el enemigo: muchas tribus cedieron al primer choque, y el nombre de Honorio fué proclamado en Africa por todas partes: Gildon cayó prisionero y se dió muerte.

Denunciados y perseguidos para ser entregados al castigo los corifeos de la rebeldía, fueron llevados ante el Senado, impaciente por dar su merecido a los que habían amenazado al pueblo en lo que le tocaba más de cerca, su sustento. Diez años más tarde se continuaban todavía los procedimientos contra los cómplices de Gildon. Acogido Mascezel triunfalmente en la corte de Milán, pereció al poco tiempo cayéndose del caballo al pasar un puente, por orden de Estilicón, según dicen algunos, ó de seguro con secreta satisfacción suya. De este modo tuvo término en Africa un poder patrimonial que no se derivaba de la elección del príncipe, ni de la elección del pueblo, sino únicamente de la riqueza.

Tan luego como Estilicón casó a su hija María con el emperador excedió su orgullo todos los límites de lo imaginable. Pero Honorio acababa de cumplir entonces catorce años, y a los diez de matrimonio moría su joven esposa tal como había sido entregada a un marido sin vigor y sin pasiones, que, dejando a Estilicón todo el gobierno, jamás salió de la infancia en los veintiocho años de su reinado. También acaso su natural inercia y su imbecilidad fué mantenida con particular esmero por su tutor.

Alarico.—No obstante, si alguna vez había necesitado el imperio de un príncipe activo y belicoso era en esta ocasión ciertamente. Apenas cerró los ojos Teodosio, habían pensado los godos en salir de su tranquilidad involuntaria y en empezar nuevamente sus estragos. Alarico, de la familia real

auspicios duraderos, si los versos de la Sibila subsisten inmutables, y si desprecias todavía la roca Tarpeya, vengo a suplicarte, no para que el cónsul triunfante huelle el Araxes, ni para que nuestras hachas opriman a Susa armada de carcaj, ni para que sean plantadas nuestras águilas sobre las arenas del mar Rojo. Eso es lo que me otorgaste en un tiempo; en la actualidad te pido la subsistencia, la subsistencia solamente. Padre excelente, aleja de mí las angustias del hambre. Ya hemos experimentado tu cólera; ya hemos movido a lástima a los getas y a los suevos; y hasta la Partia se extremece de horror en presencia de mis infortunios »

de los Baltos, la más ilustre entre los godos después de la de los Amalos, había sido para Teodosio un formidable enemigo: habíanse reconciliado con él luego, y recibió el nombramiento de gran maestro de las milicias. A su muerte, creyéndose malamente recompensado, salió del territorio que le había sido señalado y donde permanecía contra su voluntad, para devastar, quizá a instigación de Rufino, la Tracia, la Panonia, la Macedonia y la Tesalia. Atravesó las Termópilas, mal defendidas, y penetró en la Grecia, exenta hasta entonces de invasiones por parte de los bárbaros, sin que los generales, tal vez de acuerdo con Rufino, opusieran obstáculo a sus destrozos: fueron reducidos a cenizas templos y ciudades: cesaron los ritos de Ceres Eleusina; y desde el golfo Adriático hasta el mar Negro cernieron sus alas la muerte ó la servidumbre sobre las cabezas de los desventurados habitantes.

Mucho más astuto el bárbaro de lo que se imaginaba, hacía divulgar un oráculo que le presentaba como destinado a destruir a Roma y al imperio. Las esperanzas que había concebido se apoyaban y nutrían en las divisiones que separaban a las dos cortes, y colocado entre ellas, se encontraba en aptitud de aprovecharse de los desaciertos de ambas. Lo fué, y muy grande por parte de Aradio, el cederle la provincia donde acababa de sembrar la desolación y el espanto, y lo que fué peor todavía, los cuatro grandes arsenales de la prefectura ilírica, a saber: Margo, Ratiaria, Naiso y Tesalónica. No desconoció Alarico la importancia de cesión semejante, y en el transcurso de cuatro años los ocupó exclusivamente en la construcción de máquinas de guerra. De esta suerte se hallaron los bárbaros, a expensas y con el trabajo de las provincias romanas, en situación de juntar a su natural bravura un socorro de que habían carecido con mucha frecuencia. Por este medio vio Alarico acrecentarse con su crédito el número de sus parciales, quienes le proclamaron rey de los visogodos, pidiéndole que les arrancara de la servidumbre para guiarles al triunfo (398).

Así se establecía un tercer poder entre los dos Estados que se repartían el mundo romano, y calculando el nuevo rey con la sagacidad de un bárbaro hacia qué parte le sería más ventajoso llevar sus armas, se puso a vender sus servicios unas veces al Oriente y otras al Occidente. Entre tanto, las provincias orientales habían sido recorridas en todas direcciones por las hordas devastadoras. Constantinopla aparecía en una situación demasiado fuerte, y el Asia permanecía inaccesible a un ejército de tierra, a la par que la Italia se hallaba todavía intacta, y en aquella opulenta hermosura que hizo constantemente su gloria y su infortunio.

A ella enderezó, pues, sus pasos Alarico (402), trasponiendo los Alpes Julios, invirtió considerable espacio de tiempo en superar los obstáculos que se le oponían para defender el territorio, con especialidad en Aquilea. Sin embargo, cundía a lo lejos

el terror en la península hasta tal extremo que las personas ricas embarcaban ya aceleradamente lo más precioso de que eran poseedoras, para trasportarlo en caso de necesidad al Africa ó a la Sicilia. Aquellos que aun permanecían adictos al paganismo, miraban este suceso infausto como una señal inequívoca de la cólera de los dioses abandonados; y los cristianos como un castigo de los crímenes con cuya ayuda se había engrandecido Roma, ó de los que a la sazón daban por producto su decadencia; y unos y otros aumentaban el daño real y efectivo con supersticiosos terrores.

Honorio continuaba sumergido en profundo adormecimiento dentro de su palacio de Milán, donde las adulaciones ni aun le dejaban sospechar siquiera que osara nadie aventurarse contra el sucesor de tantos emperadores, y donde se divertía infantilmente en echar comida a una parva de polluelos: nunca había oído pronunciar el nombre de Alarico. Despertóle la tempestad sin comunicarle denuedo; y vacilante entre sobresaltos pensó en huir hacia alguna plaza fuerte de la Galia; pero no ignorando Estilicón el desaliento que sucedería inmediatamente a la fuga del monarca, se opuso a ella. Encargóse en persona de reunir un ejército; y como no había soldados en Italia, a pesar de ser el país que se hallaba a la cabeza de un imperio cuyo territorio abarcaba la Francia, la España, la Inglaterra, la Bélgica, la costa de Africa y la mitad de Alemania, llamó a las legiones más distantes, dejando la muralla de Caledonia y las riberas del Rin desguarnecidas ó confiadas solamente a germanos. Embarcóse el mismo en el lago de Como (era a la sazón lo más rígido del invierno, y la nieve cubría la tierra), se encaminó a la Retia, apaciguó allí las turbulencias, y alistó a cuantos enemigos de Roma consintieron en transformarse en defensores de ella.

Batalla de Pollenza.—Asediado con vigor Honorio dentro de Asti, estaba a punto de ceder cuando Estilicón y el ejército acudiendo por todas partes cercaron a los godos. Estilicón se aprovechó del instante en que los bárbaros celebraban la solemnidad de la Pascua para atacar su campamento en Pollenza (29 de marzo de 403). Les causó una completa derrota, y enriqueció a los soldados con sus despojos. Después de haber empleado Alarico estérilmente su habilidad y su bizarría en defender sus trincheras, viendo prisioneros a sus hijos, a sus mujeres y a su esposa, se retiró con su caballería, y pensaba rehacerse pasando con golpe atrevido el Apenino para ir a sembrar el espanto en Toscana y caer sobre Roma. Pero los capdillos de los godos, teniendo en muy poco la fidelidad a un rey vencido, y no haciendo alarde de una constancia a toda prueba, le amenazaron con abandonarle. Hubo, pues, de prestar oídos a las proposiciones que se le hicieron de evacuar la Italia, a condición de que su familia le sería devuelta, y recibiría una pensión del soberano del imperio. Proponíase en su retirada sorprender a Verona. Pero advertido

Estilicón de este proyecto, emboscó en las inmediaciones de la ciudad algunas tropas, y cayendo sobre él de improviso, le hizo sufrir una segunda derrota, de tal manera que pudo darse por venturoso con salir libre, merced a la fuga. Y no obstante, habiendo reunido aquel infatigable guerrero los restos de sus tropas en las montañas, todavía supo hacer frente al enemigo, el cual tuvo la cordura de dejarle salir de Italia, harto convencido de que ya no podía contar con barreras capaces de ponerla a cubierto del ejército de los bárbaros.

Honorio se encaminó entonces a Roma (404) para celebrar el triunfo de un enemigo a cuyo vencimiento no había contribuido en nada. Aquella ciudad que apenas veía por la tercera vez a un emperador al cabo de cien años, palpitó de alborozo a consecuencia de los donativos que distribuyó a las iglesias, del respeto desusado que acreditó para con el Senado, y especialmente de los juegos que mandara preparar en el circo. Pero aquellos espectáculos sangrientos eran altamente reprobados por los sacerdotes cristianos; Prudencio en escelentes versos aconsejaba al pupilo imperial que no permitiera que fueran celebrados; bajando a la arena el piadoso ermitaño Telémaco para impedirlos, fué asesinado por el pueblo enfurecido, y el triunfo de la humanidad quedó sellado con la sangre del mártir.

En el momento mismo en que la lisonja erigia a Honorio un arco de triunfo con una inscripción en que se decía que había destruido para siempre la raza de los godos, se ocupaba la prudencia en desmentirlo haciendo reparar y poniendo en estado de defensa las plazas fuertes de los alrededores de Roma y los muros de su recinto. Entretanto, el emperador, no creyéndose seguro en esta ciudad ni en Milán tampoco, fué a esconder la púrpura imperial en Rávena, protegida a la vez por una escuadra, por pantanos y por fortalezas.

Radagaiso.—Después de todo, no sin razón se tomaban medidas de defensa, porque se agitaba todo el Norte y empujaba sus tumultuosas oleadas hacia la Italia. Ya fuese porque las victorias de Tulun, kan de los geuges, sobre los hunos, hubieran comunicado nuevo impulso a los germanos, ya porque brindaran poderoso incentivo a estos el botín y los triunfos de sus hermanos, es lo cierto que Radagaiso (*Radegast*), a la cabeza de una muchedumbre de vándalos, de suevos, de borgoñones (405), que se hace ascender a doscientos mil hombres, partió desde las riberas meridionales del Báltico, y reforzado en el camino por la caballería de los alanos, por aventureros godos y por tribus de infinitas razas, que ya es imposible distinguir en adelante entre aquella confusión de pueblos, se presentó a orillas del Danubio. Persuadido Estilicón de la inutilidad de defender las provincias distantes, cuando la Italia se hallaba en peligro, llamó todas las guarniciones hacia este punto, hizo nuevas levás, prometió la libertad y dinero a todos los esclavos que se engancharan en el servicio, y

aun así apenas pudo poner en pie de guerra treinta ó cuarenta mil hombres, á quienes incorporó muchos bárbaros auxiliares; tan homicida había sido la última guerra y tanto se odiaba el ejercicio de las armas.

Radagaiso, cuya multitud de tropas se había dividido en tres cuerpos, cruzó sin encontrar ningún tropiezo la Panonia, los Alpes, el Po, y evitando el encuentro de Estilicon que estaba acampado junto al Tesino, descendió de repente del Apenino, á saquear las indefensas campiñas, destruyendo cuanto quedaba de las florecientes ciudades de los etruscos, y sitiando a Florencia.

Circulaba el rumor de que el feroz guerrero había jurado convertir á la reina del mundo en un montón de escombros, y hacerse propicios sus dioses, ofreciéndoles la sangre de los senadores más ilustres. Esta noticia era recibida con extraordinario júbilo por los partidarios de la antigua religión nacional, con la esperanza de que la nueva idolatría restablecería sus dioses, y de que produciría el triunfo de su facción el mismo suceso que produjera la ruina de la patria. De consiguiente, en vez de escitar al pueblo á armarse de valor ó de desesperación á lo menos, exclamaban: *Ya lo veis; todo perece en tiempo de los cristianos. ¿Cómo hemos de resistir á un guerrero que sacrifica cotidianamente á los dioses, acto que se nos veda á nosotros?* En aquel mismo instante ayudados los cristianos por milagros y revelaciones, reanimaban el valor de la amenazada Florencia.

Estilicon dió alcance al bárbaro á corta distancia de esta ciudad, y con la misma habilidad de que había dado prueba dos veces al vencer á Alarico, evitando arriesgar una batalla, cuya pérdida hubiera sido irreparable, cercó al enemigo con fuertes trincheras y luego asediándole á su vez, dejó que le consumiera el hambre en las áridas rocas de Fiesole. Forzado Radagaiso á rendirse se le cortó la cabeza, y sus compañeros fueron vendidos como esclavos, en tan inmenso número, que se compraban muchos por una moneda de oro; pero murieron infinitos de ellos en brevísimo tiempo á consecuencia del cambio de alimento y de temperatura. Estilicon favoreció la retirada de las demás fuertes bandadas que habían hecho alto en los Alpes; pero fueron arruinadas las provincias, aunque se salvó la Italia, á la que se reducía en suma entonces el inmenso imperio de Occidente.

Uno de los otros dos cuerpos causó grandes destrozos en la Galia Oriental, á las órdenes de Gundecaro, rey de los borgoñones; mandado el tercero por Godegisilo, rey de los vándalos, reforzado con los suevos, los alanos y los restos del ejército de Radagaiso, penetró asimismo en las Galias; pero cuando llegó á las tierras de los francos encontró á aquel pueblo sobre las armas, bajo la autoridad de un rey que Estilicon les había dado. Vinieron á las manos, y los vándalos dejaron sobre el campo de batalla veinte mil de sus soldados, incluso su rey Godegisilo; sobreviniendo entonces los alanos

derrotaron á su vez á los francos, y pasaron el Rhin cerca de Maguncia (31 de diciembre de 406). Por espacio de tres años fué víctima el país de sus devastaciones: posteriormente, cuando evacuaron las tierras situadas en la frontera, fueron allí reemplazados por los burgundios y los alemanes, quienes pasaron á cuchillo ó redujeron á la servidumbre á sus primitivos moradores. A partir desde este período puede decirse que acabó definitivamente la dominación de Roma en las Galias.

Bretaña.—También habían sido abandonadas las islas Británicas por las legiones. Ya hemos visto á los escotos desamparar la Irlanda, donde se habían establecido, para dirigirse al país, que tomó de ellos el nombre de Escocia. Unidos á los caledonios, de raza cimbria, como ellos, cayeron sobre los bretones, pueblo céltico procedente de la Bélgica, que en otro tiempo les había rechazado de las provincias meridionales (6).

Constantino.—Conociendo la estrema debilidad del gobierno los auxiliares puestos de guarnición en las provincias desguarnecidas de tropas, se divertían en encumbrar á efímeros tiranos, á quienes servía la diadema de preludio del suplicio. Un tal Marco fué proclamado por ellos emperador de la Bretaña y del Occidente, y luego le quitaron la vida de repente: le sustituyeron con Graciano, á quien cuatro meses después hicieron sufrir la misma suerte. El nombre de Constantino valió el trono á otro soldado (407), que incapaz de mantenerse en una época de paz en tan encumbrado puesto, supo sostenerse allí por la guerra, aspirando á conquistar las provincias occidentales. Desembarcado en Boloña exigió la obediencia de las ciudades galas no sometidas todavía á los bárbaros. El pueblo condenado al olvido por Honorio, y harto desventurado para que dejara de tener halagüeñas esperanzas en un cambio de cualquiera especie, prestó de buen grado oídos á su llamamiento. Constantino alcanzó sobre los germanos algunas ventajas, que exageró la fama como señaladas victorias; y luego celebró alianza con ellos. Adjudicó á su hijo el título de César, eligió por capital á Arlés, y habiendo espulsado á los restos de las tropas romanas, comenzó contra Honorio una guerra civil cuyas eventualidades fueron propicias ora á un bando, ora al otro. Finalmente, obligadas en Viena las tropas imperiales á apelar á la fuga, obtuvieron á costa de dinero volver á pasar los Alpes, que vinieron á fijar el límite entre los Estados de Cons-

(6) Según Claudiano, Estilicon fué el primero que estableció una legión en la Bretaña, para defenderla contra los pictos, los escotos y los caledonios.

Me quoque vicinis pereuntem gentibus, inquit (la Bretaña)

*Munivit Stilicho, totum cum Scotus Iernem
Movit, et infesto spumavit remige Tethys
Illius effectum curis, ne bella timere
Scotica, nec Pictum tremere, nec littore toto
Prosperem dubiis venientem Saxona velis.*

tantino y de Honorio. También se sometió la península ibérica al nuevo soberano, ó fué por él conquistada.

En tanto que los dos emperadores luchaban entre sí con debísimas armas, tornaba á aparecer Alarico más amenazador que nunca. Lejos de abarcarlo de ánimo sus reveses, le habían servido de enseñanza; ni habían sido parte é disminuir en lo más mínimo la confianza que tenían depositada los bárbaros en su valor y en su prudencia; antes bien se hallaba ahora al frente de todas las bandadas diseminadas desde el Rhin hasta el Euxino. Dióse, pues, Estilicon por satisfecho con poder adquirir su amistad, tanto á fin de reunir de este modo la Iliria Oriental al imperio del Occidente, como para proporcionarse robusto apoyo para la ejecución de un antiguo proyecto, que acariciaba su mente, á saber, la sumisión de todos los Estados de Arcadio. Pasando así Alarico del servicio de un imperio al servicio de otro, fué declarado maestro de la infantería y de la caballería en la prefectura de Iliria. Esto no estorbó que se presentara junto á las fronteras de Italia protestando de su amistad á Estilicon y de su respeto á Honorio, y ofreciendo marchar contra el emperador de las Galias, si se accedía á sus proposiciones, y se adjudicaba á sus guerreros una de las provincias occidentales que habían quedado desiertas.

En medio de la debilidad creciente de Honorio y de su gobierno, había aspirado Estilicon á comunicar alguna energía al Senado, y á hacerle poner mano en los negocios públicos, pero solo había encontrado retóricos, instruidos en las formas de la república antigua, sin saber otra cosa y no pensando más que en hacer vano alarde de palabras, que respiraban dignidad, como en la época en que sus ascendientes decían á Pirro: *Sal ante todo de Italia y trataremos luego.* Cuando Estilicon propuso las pretensiones del rey godo, clamaron los senadores que era indigno de la magestad romana comprar á un bárbaro una paz incierta y vergonzosa. El general que sabía, no lo que traían á la memoria los libros, sino lo que reclamaba la cobardía de la corte de Rávena (408), redujo al silencio á aquel intempestivo patriotismo, y los atrajo á consentir en que se entregaran 4,000 libras de oro á Alarico, á fin de que defendiera las fronteras de Italia. Osa protestar contra esta concesión el senador Lampadio, clamando en alta voz: *Eso no es una paz, sino un contrato de esclavitud:* y no logró escaparse de las consecuencias de su audacia más que buscando asilo en una iglesia (7).

Caída de Estilicon.—Sin embargo, no resonó sin eco aquella voz generosa. Efectivamente, el Senado se mantuvo firme en su negativa, oponiendo de este modo una resistencia desusada á la voluntad del general omnipotente. Irritadas las legiones al verse postpuestas á los bárbaros, prestaron apoyo á

la resistencia de los senadores. Hasta el mismo Honorio había sido prevenido contra su ministro á causa de que le presentaban á sus ojos como animado del pensamiento de mantenerle siempre en tutela, á no ser que se propusiera hacer pasar la corona á las sienes de su hijo Euquerio. De consiguiente, bajo la influencia de Olimpio resolvió ejercer en realidad un poder que no poseía más que en el nombre, y dar al traste con su ministro. Con esta idea se dirige al campamento de Pavia, compuesto de tropas romanas hostiles á los bárbaros; y á una señal convenida, manda degollar á todos los amigos de Estilicon, en unión de otros muchos *ilustres*, y saquear sus moradas.

Los caudillos de las bandadas cuya fortuna estaba ligada á la de Estilicon, le pidieron con unánimes voces que les guiara contra aquellos cobardes romanos. Si les hubiera prestado oídos, hubiera podido justificarle el buen éxito de su empresa; pero ya fuese por vacilación, ó por una generosidad que le hiciera preferir su ruina á la pública desgracia, rehusó ponerse en movimiento, y le abandonaron los descontentos auxiliares. Uno de ellos asaltó su tienda, pasó á cuchillo á los hunos que tenía para su custodia; y Estilicon consiguiendo escaparse acogiéndose en Rávena al pie de los altares. Hízose uso de la perfidia para arrancarle de su asilo: luego se le presentó el decreto que le condenaba á muerte, y la sufrió con no menos dignidad que serenidad de ánimo (8).

Apenas había terminado su existencia, aquellos mismos que pocos días antes incensaban al ministro guerrero, le acriminaron enérgicamente llamándole traidor y parricida: hubo competencia sobre quien denunciaria á sus amigos, mientras que estos se apresuraban á esconderse. Olimpio, principal motor de la intriga que acababa de causar la pérdida de su bienhechor, exageraba á Honorio el peligro de que se había libertado en aquel momento, y le agriaba contra la memoria del salvador del imperio. Arrancado del recinto de una iglesia su hijo Euquerio, fué asesinado; y Termancia, que había sucedido á su hermana María (9) en el helado lecho de Honorio, fué repudiada vírgen. La firmeza con que los amigos de Estilicon soportaron el tormento y la muerte, hizo que se tuvieran por ciertos sus servicios, y su crimen por dudoso. Se le acusó de estar en inteligencia con los bárbaros, él que no supo más que vencerlos en el curso de los veinte y tres años que estuvo al frente de las tropas; de destinar el trono á su hijo Euquerio, él que le dejó hasta la edad de veinte años sólo de humilde tribuno de los notarios; de meditar en el restablecimiento del paganismo, él

(8) CR. FR. SCHULZE, *Fl. Stilicon ó el Wallestein antiguo*, 1805 (aleman).

(9) Su cadáver fué hallado en 1544 en el Vaticano con muchos objetos preciosos: solo sus vestidos contenían treinta y seis libras de oro.

(7) ZÓSIMO, V.

que educó á sus hijos en la religion cristiana, y fué odioso á los ojos de los gentiles porque habia entregado á las llamas los libros sibilinos (10), aquel

(10) Mueve á reirse de lástima ver el horror que acredita Rutilio Numanciano hácia aquel enorme desafuero, que supera, en su sentir, al del incendiario Neron.

Omnia tartarei cessent tormenta Neronis.

oráculo del Capitolio, y porque su esposa habia quitado un collar á Vesta, la diosa que era la salvaguardia de Roma.

*Consumat stygias tristior umbra faces.
Hic immortalem, mortalem percussit ille;
Hic mundi matrem perdidit, ille suam.*

Itinerario, II.

CAPÍTULO XIII

ALARICO Y LOS ITALIANOS.

Una vez roto el dique se desbordó el torrente; y si aun quedaban algunos obstáculos, parece como si Honorio se hubiera complacido en destruirlos, licenciando á los más valientes de sus defensores, solo por la razon de que eran idólatras ó arrianos, y sustituyéndoles con oficiales tan menospreciados por el enemigo como odiosos á los soldados. Los auxiliares que echaban de menos á Estilicon, no eran contenidos en su deseo de venganza más que por el temor de comprometer su familia y sus riquezas, cuyo depósito habian confiado á las plazas fuertes de Italia. A pesar de todo, Honorio mandó que aquellos preciosos rehenes fueran degollados en un mismo dia, y que los bienes de las víctimas fueran confiscados. Entonces treinta mil auxiliares, cuya cólera y cuya desesperacion no reconocian ya freno alguno, se pasaron á las filas de Alarico, y el júbilo de éste fué imponderable cuando se apercibió de que la corte imperial procedia por este medio en obsequio de sus intereses. Envalentonado con la caída de Estilicon, á quien respetaba y temia; irritado á consecuencia de algun atraso en su sueldo, impelido por las instigaciones de aquellos que acababan de perder lo más querido que poseian en el mundo, demandó el bárbaro satisfacción al imperio, bajo amenaza de guerra. Se le espidieron embajadores para aplacarle, y cedió al cabo; pero interpretando los romanos la moderacion por miedo, no se ocuparon de aceptar sus condiciones, ni de reunir fuerzas. Ya Alarico no quiso oír hablar siquiera de fé ni de amistad, y se puso en marcha. Desde la cumbre de los Alpes Julio muestra (490) á los ojos de sus guerreros las delicias del clima italiano, sus opulentas ciudades, sus fértiles vergeles: les recuerda los despojos del mundo acumulados dentro de Roma por trescientos triunfos, y persiste en la facilidad de apoderarse de ella. Muy pronto caen en su poder Aquilea,

Altino, Concordia, Cremona: nuevos aliados se agrupan cotidianamente entorno de su bandera, que ondea orgullosa á la vista de Rávena, infundiéndole espanto. Costea el Adriático, y tomando posteriormente la via Flaminia marcha de ciudad en ciudad, sin que descargue un solo golpe hasta levantar sus tiendas bajo los muros de la antigua soberana del mundo. Un ermitaño pretende aplacar su furia, y Alarico le responde: *No puedo detenerme, Dios me empuja hácia adelante.* De igual manera mil años después enviaba Mahomet II á despertar á su visir en el curso de la noche, y le decia: *Te pido Constantinopla: me sería imposible conciliar el sueño sobre esta almohada; Dios quiere entregarme los romanos.*

Condicion del imperio.—Ya estaba muy lejos el tiempo en que el pueblo romano se alzaba como un solo hombre contra Aníbal ó contra Pirro, en que todos, desde el plebeyo más humilde hasta el dictador y los personajes consulares corrían en pos de la muerte ó la victoria. Habia perdido el imperio sus mejores provincias: quedaron las otras tan despobladas, que los emperadores tuvieron que trasladar allí enjambres de bárbaros. Ya Nerva concedia tierras en vez de subvenciones antes convenidas (1). Marco Aurelio estableció en el territorio sometido á Roma un gran número de marcomanos (2). Pertinax daba tierras á todo aquel que queria dedicarse á su cultivo (3). Constantino autorizó á sus veteranos para que le pidieran en recompensa las que se hallaban vacantes en el punto que mejor les conviniera: Valentiniano I les permitió desmontar en todas partes las que estaban

(1) DION, XLVIII, en el año 97.

(2) En 167. CAPITOLINO, c. 22.

(3) En 193. HERODIANO, cap. 2.